

A Celia Viñas Olivella

La muerte los escoge entre los buenos
y tú eras mejor que una mañana
rezumante de miel por todas partes.

Recuerdo el mar brillante de Almería
y aquella Cataluña de tu luna
y la isla dorada de tus sueños.

De mar a mar andabas por las venas
como una adolescente nave abierta
a todo el horizonte de la gracia.

Eras de ayer, de hoy, y eras de siempre,
de juventud total, plena de vida,
rebotante de amor y de entusiasmo.

Sabia, inocente y clara como el agua
que amanece rotunda de la piedra,
llegaste victoriosa a tu destino.

El paisaje verbal de tu sonrisa
maravillaba el aire que envolvía
tu actividad de pájaro en el éxtasis.

Profesora de niñas maternas,
de donceles amantes sin saberlo,
con la página intacta de su historia,

deambulabas por versos y leyendas
de la estirpe sagrada de este pueblo
que amamanta varones ideales.

Dabas lección de fe, y en cada estrofa,
tu voz de tierra roja y trabajada
dejaba un eco hondo y sin fronteras.

Eras eterna en vida porque dabas
la impronta de tu ser y en cada letra
el sello inconfundible de tu esencia.

Fiel a ti misma, siempre, en cada instante
tu corazón mandaba sus legiones
a conquistar la gracia y la alegría.

Almería te supo floreciente
por todos sus caminos descubriendo
mares de luz, de hierbas olorosas,

de promesas de ayer y de mañana,
entre piedras antiguas y recientes
o remotas culturas, o salvajes

alaridos del tiempo que te daban
delicada materia sustanciosa
para el fluir gustoso de tu verso.

Almería te supo, supo el cántico
de tu pasión de amor por la belleza,
de tu entrega total a la hermosura.

Un andaluz te puso ante los ojos,
y una ronda de niños angelados
glorificando el ámbito del mundo.

Un eslabón de oro, una cadena
de servidumbre fértil como un grano,
como un trigo que brota milagroso

para la gran cosecha de los besos.
Un racimo de uvas, una lluvia
de racimos de amor como corona.

Almería te supo y te sentía
como un regalo íntimo y tan suyo,
que te sembró en su tierra para siempre.